

tenía por objeto hacer, en tiempos de carestía, anticipos á los panaderos, á fin de que pudiesen vender el pan á un precio módico, por caro que estuviese el trigo; en tiempo de abundancia, el precio del pan, en vez de disminuir proporcionalmente á la baja del trigo, sería mantenido á una tasa ligeramente superior, y esta diferencia serviría para reembolsar á la caja las sumas anticipadas por ella en los años de penuria. El mecanismo, como se ve, se reducía á un sistema de compensación destinado á aliviar las malas épocas con algunos sacrificios insensibles á cuenta de las épocas felices, y á preservar de fluctuaciones demasiado bruscas el más indispensable de los alimentos populares. Autorizóse á la *caja de panaderos* (1) para prestar veinticuatro millones con la garantía del municipio, y empezó sus operaciones con este capital.

Bueno es moderar el precio del pan; asegurar la regularidad y, si era posible, la progresión de los salarios, pareció cosa más eficaz todavía; ordenáronse grandes obras en París y en provincias, á fin de que en ninguna parte la falta de trabajo aumentase el horror y los peligros de la miseria. Además se abrió una serie de créditos por una suma total de diez millones al ministerio del Interior para subvencionar á las empresas de utilidad pública y auxiliar á los indigentes y á los establecimientos de beneficencia (2). Por su parte, los pueblos reunieron más de 12 millones, ya echando mano de los fondos disponibles de sus presupuestos, ya por vía de suscripciones particulares, impuestos ó empréstitos. Mientras tanto, no cesaban de llegar á nuestros puertos considerables cargamentos de trigo. Confiado en estas medidas y en los esfuerzos de la iniciativa privada, el emperador, al inaugurar la legislatura de 1854, pronunció palabras tranquilizadoras. Anunció que se habían entregado «siete millones de hectólitros al consumo, que se hallaban en camino ó en depósito cantidades importantes y que, por consiguiente, habían pasado los peores momentos (3).»

Los hechos no justificaron del todo estas impresiones favorables. Si la crisis de 1853 fué menos intensa que las de 1816 y 1846, duró mucho más. Llegado el verano, se vió con verdadera consternación que la cosecha de 1854 sería mediocre, casi mala. Todo contribuyó á aumentar el malestar público: la guerra de Oriente cerró á nuestros buques el importante mercado de Rusia; la carestía del pan trajo aparejado un aumento proporcional en el precio de todos los artículos de consumo; para colmo de desdicha, la viña fué atacada por el *oidium*. En tal penuria, el gobierno procuró contener por medio de una serie de decretos aquella alza general que amenazaba alcanzar á las propias fuentes de la vida. Rebajó los derechos sobre todos los artículos de comer, beber y arder. Prohibió la exportación de harinas, patatas, alforfón y maíz. Y como se sacrificase todo á la necesidad dominante de la alimentación pública, prohibióse la destilación de granos (4). En fin, dos nue-

(1) Decreto de 18 de enero de 1854 (*Bulletin des lois*, primer semestre, pág. 157).

(2) Decretos de 22 de noviembre de 1854, 16 de enero, 1.º y 26 de febrero de 1854 (*Bulletin des lois*, 1853, pág. 982, y 1854, páginas 106, 215, 640).

(3) *Monitor* del 3 de marzo de 1854.

(4) Decreto de 6 de octubre de 1854 (*Bulletin des lois*, segundo semestre, pág. 586).

vos créditos, uno de 5 y otro de 10 millones, fueron consagrados á socorros ó subvenciones extraordinarias (5). Los obreros, gracias á la elevación de los salarios, y los indigentes, gracias á la generosidad de la asistencia, sufrieron menos de lo que se hubiera imaginado. Otra cosa les pasó á los empleados de poco sueldo, capitalistas ó rentistas condenados á luchar, con modestos ingresos fijos, contra una elevación de precios que se extendía á todo: alza del pan á causa de las malas cosechas; alza de todos los productos alimenticios á causa de la carestía de los granos; alza del vino á causa de la enfermedad de la viña; alza del carbón á causa del desarrollo de los trabajos industriales; y en fin, como luego se dirá, alza de los alquileres á causa de las demoliciones. En tales apuros, los unos se resignaron silenciosamente y disimularon bajo apariencias decorosas una estrechez próxima á la miseria; los otros cedieron á los impulsos de la especulación que en pocos días les enriqueció ó los sumió en la indigencia. La crisis, extraordinaria, más por su duración que por su intensidad, extendió su influencia hasta sobre los años siguientes: en 1855 y en 1856, el precio del trigo se elevó á veces hasta 33 francos el hectolitro y no descendió nunca más abajo de 26. En 1857, una cosecha extraordinariamente feliz volvió á traer la antigua abundancia, y con ella los antiguos precios.

A la carestía se había añadido el cólera. Este hizo su aparición en París á fines de octubre de 1853, haciendo algunas víctimas, y calmó luego con los rigores del invierno. Se creía haber escapado al peligro cuando, en marzo de 1854, se declararon nuevos casos, especialmente en el hospital de la Caridad, que pareció ser el principal foco de la epidemia naciente (6). De allí la plaga se extendió por toda la población, progresó hasta el mes de julio, en que alcanzó su mayor intensidad, y disminuyó luego poco á poco hasta el mes de noviembre, época en que asestó sus últimos golpes. Las provincias no se libraron de la epidemia; en ciertos puntos ésta hizo proporcionalmente más estragos que en París: durante todo el año de 1854, la enfermedad se desarrolló caprichosamente y sin causa aparente en gran número de pequeños centros aislados; los departamentos del Alto Marne, del Mosa, del Ariege y del Aude fueron castigados horriblemente: al mismo tiempo la epidemia se propagó por la cuenca del Ródano, invadió Aviñón y Montpellier y desoló sobre todo las ciudades de Arlés, Tolón y Marsella. El invierno de 1854 á 1855 pareció marcar el término de la epidemia. Pero con el verano siguiente se presentaron nuevos casos, principalmente en Alsacia, en el Alto Saona, en Córcega y también en el litoral de la Provenza, donde Marsella y Tolón sufrieron una segunda invasión, también muy mortífera, aunque menos cruel que la primera (7). Hasta fines de 1855 no desapareció el terrible huésped para no volver. Ya fuese que el cólera, conocido mejor, hubiese perdido, á los ojos de las masas, sus misteriosos terrores, ó bien que el silencio obligado de los pe-

(5) Decretos de 20 de diciembre de 1854 y de 22 de septiembre de 1855 (*Bulletin des lois*, 1855, primer semestre, pág. 27, y segundo semestre, pág. 381).

(6) *Gazette des hôpitaux*, 11 de marzo de 1854 y *passim*.

(7) Véase «Memorias de la Academia de Medicina,» tomo XX, páginas 102-246.

riódicos impidiese contar los muertos, lo cierto es que nuestro país soportó aquella larga epidemia no sólo con calma, sino hasta con cierta indiferencia, y, exceptuando Marsella y Tolón, en ninguna parte el temor degeneró en pánico. Una estadística oficial, publicada siete años después, permite precisar las pérdidas. Si no se considera más que la capital, la epidemia de 1854 fué menos terrible que las de 1832 y de 1849, pues en el departamento del Sena el número de víctimas fué de 11.520, mientras que había excedido de 21.000 en 1832 y de 24.000 en 1849 (1). El resultado es diferente si los cálculos se extienden á toda Francia: de 1853 á 1855 hubo 70 departamentos y más de 5.000 pueblos atacados en diversos grados: el número total de defunciones se elevó, según los datos oficiales, á 143.478, mientras que en 1832 y en 1849 casi no pasó de cien mil (2).

Como si no hubiese bastante con tan grandes plagas, otra calamidad, la de las *inundaciones*, vino á agravar todas aquellas miserias. En junio de 1855 se supo que el Garona y varios de sus afluentes acababan de desbordar; al mismo tiempo, el Allier, el Cher y otros ríos de menor importancia salieron de madre. Las comunicaciones fueron interrumpidas y varios puentes destruídos; en muchas comarcas se perdieron las cosechas. A pesar de sus destrozos, estas inundaciones se perdieron en el recuerdo de la catástrofe mucho más terrible que estalló el año siguiente. En 31 de mayo de 1856 llegaron de Lyon noticias verdaderamente siniestras. El Ródano, haciendo irrupción por ambas riberas, cubría por un lado los ricos barrios que lo separan del Saona, y, por el otro lado, los Brotteaux, la Guillotière y todos los campos inmediatos. Durante todo aquel día y el siguiente se sucedieron mensajes alarmados: decaía que varios barrios estaban amenazados de completa ruina; añadíase que la crecida era general: la vía férrea hacia Marsella estaba cortada; más allá de Grenoble, el valle del Grésivaudán desaparecía bajo el agua; el extenso llano de Vaucluse se hallaba también en parte sumergido: en Arlés la corriente del Ródano batía el arrabal de Trinquetaille, y más allá la Camarga parecía un inmenso lago. En 1.º de junio, el emperador partió para dirigir los trabajos, distribuir socorros y reanimar á las poblaciones consternadas. Durante tres días visitó los puntos más amenazados, distribuyendo fondos, asegurando abrigos á los pobres inundados, estimulando con su ejemplo la energía de los funcionarios, el valor de la tropa, la abnegación de todos los ciudadanos. El 5 de junio, de regreso á Saint-Cloud, recibió otras noticias no menos tristes. La misma plaga que acababa de castigar tan duramente á los ribereños del Ródano no había perdonado á los del Loira. En Orleans, en Blois, en Amboise, el río había desbordado: en Tours sobre todo los desastres eran inmensos por la crecida simultánea del Cher y del Loira. Apenas de regreso, el emperador volvió á partir para visitar y consolar á sus súbditos en su desgracia. Cuando se calmó, en fin, la furia

(1) «Documentos estadísticos relativos á las epidemias coléricas de 1854,» publicados por el ministerio de Agricultura y de Comercio, 1862, págs. 3-4.

(2) «Documentos estadísticos,» Introducción, págs. 7 y *passim*. — *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, tomo XVI, páginas 764-797.

de las aguas, se pudo hacer el triste inventario de sus devastaciones; cosechas destruídas, ganado ahogado, obras de fábrica derribadas, casas cuarteadas ó derrumbadas, mobiliario sumergido. En toda Francia y hasta en el extranjero se abrieron suscripciones en favor de las víctimas. Bajo el imperio de tan reciente desgracia, el gobierno estudió los medios de evitar nuevas catástrofes: abundaron los proyectos; unos proponían que se replantasen los bosques en las montañas ó que se reforzasen los diques, y otros que se estableciesen palizadas en la embocadura de los altos valles (3).

«Tengo empeñado mi honor, decía algo fastuosamente el emperador al abrir la legislatura de 1857, tengo empeñado mi honor en que, durante mi reinado, los ríos, lo mismo que la revolución, vuelvan á su lecho y no puedan volver á salir de él (4).»

IV

¿Cómo aquellos días entristecidos por la guerra y la escasez, desolados por la epidemia, trastornados por las inundaciones, fueron llamados los *bellos días del segundo Imperio*? Varias causas, de naturaleza muy diversa, concurren á relegar las miserias á la sombra y á poner de manifiesto las prosperidades. Si hay pocos pueblos felices, hay muchos que se callan: el hambre, las enfermedades, el duelo de las madres que lloran sus hijos muertos, todo esto deja pocas huellas públicas, y, cuando los que sufrieron han olvidado con el tiempo sus propios sufrimientos, es algo molesto evocar recuerdos borrados ó confusos hasta en la memoria de las víctimas. En la época que atravesamos, aquellas huellas eran tanto más raras cuanto más frecuentemente se imponía el silencio; ello no era inhumanidad ni siquiera indiferencia; pero, una vez pródigamente socorrida la miseria, convenía que no se exhibiese mucho y que no arrojara su tinte lívido sobre el brillo del nuevo reinado: así hacen en las playas de valetudinarios y gente de mundo en que los muertos son enterrados de noche á fin de no desacreditar la fama del lugar y de no turbar con fúnebres imágenes el aturdimiento general. Para ensordecir todo murmullo importuno, no había necesidad de mandar con mucho imperio: los pueblos tienen siempre para los nuevos príncipes tesoros de indulgencia; son las horas de administración fácil, de universal paciencia, en que el público, con increíble sumisión, se presta á enmudecer ó á repetir fielmente lo que le hacen decir. Una causa general impedía las quejas demasiado ruidosas: á pesar de todas las calamidades, lo que entonces dominaba en las masas era el instinto de la confianza: á través de los dolores ó de las dificultades pasajeras, se vislumbraba una época próxima en que todos los males se calmarían y en que la facilidad de los cambios, la rapidez de las comunicaciones, la abundancia del trabajo, la excitación de la actividad material aumentarían las fuentes de riqueza que las calamidades habían contribuído á agotar.

¿A quién no hubiera distraído y atendido entonces el atrayente espectáculo de las cosas exteriores? *Esplenden-*

(3) Véase carta del emperador al ministro de Obras públicas, 19 de julio de 1856 (*Monitor* del 21 de julio de 1856).

(4) Discurso de 15 de febrero de 1857 (*Monitor* del 16 de febrero de 1856).

dores y miserias: en estas dos palabras se resume la historia del segundo Imperio. Hemos referido las miserias: he aquí ahora lo que reluce, lo que brilla al exterior, lo que absorbe los ojos al extremo de desviarlos de todo lo demás. He aquí el entusiasmo de una *especulación* sin límites que enriquece, arruina y vuelve a enriquecer. He aquí las *fiestas oficiales*, y principalmente la *Exposición universal*. He aquí el espectáculo inaudito de una capital casi enteramente demolida para ser reedificada con la marca de la era nueva.

La época del segundo Imperio ofrecía a la especulación un terreno tan favorable que parecía imposible que no se desarrollase. ¿Hasta dónde se extenderían las aplicaciones positivas de los recientes descubrimientos? ¿En qué medida iban a adaptarse a las necesidades del comercio, de la agricultura y de la industria? Si triunfaban de la antigua rutina, ¿no serían a su vez arrinconados por algún nuevo procedimiento de la ciencia infatigable? Cualesquiera que fuesen las esperanzas de un porvenir lejano, ¿no iban a sucederse a rápidos intervalos períodos de confianza ó de duda, crisis seguidas de reconstitución, dificultades mezcladas con súbitas reanudaciones? ¿No habría que contar con las intrigas privadas, las agitaciones ó el apaciguamiento de la política, la abundancia ó el retraimiento de los capitales? Y esas variaciones ¿no ofrecerían a la alza ó a la baja un campo de operaciones que hasta entonces nadie había osado imaginar? En presencia de perspectivas tan deslumbradoras, las oscuras miserias originadas por la carestía de los víveres desaparecían, como una imagen importuna ó mezquina se funde en la grandiosidad de un sueño dorado. Del espíritu de empresa nació, pues, la especulación, y la especulación misma fué llevada hasta el juego más desenfrenado. Las acciones de los ferrocarriles fueron la primera ocasión de aquel agiotaje: los títulos, apenas adquiridos, fueron vendidos, vueltos a comprar y vueltos a vender. Cuando aquella fiebre empezaba a calmarse, los tres grandes empréstitos de la guerra de Oriente la reanimaron: vinieron luego los empréstitos de los departamentos y de los municipios; algo más tarde, se formaron en París y en provincias compañías de alumbrado de gas, nueva ocasión de primas y de las más fructuosas. El espíritu de lucro, cada vez más ingenioso, se extendió a todo, a las minas de carbón, de hierro, de cobre y de azufre; a las aguas ferruginosas ó sulfurosas, a las explotaciones forestales, a las empresas fluviales ó marítimas. De ahí la apariencia de la riqueza, si no la riqueza misma que no se desarrolló del todo hasta un poco más tarde: de ahí ruidosos gastos después de inesperados beneficios. Aquellos gastos hacían prosperar al comercio del lujo que alimentaba a su vez al comercio de detalle: comunicaban a París cierto aspecto jovial y animado que seducía a los extranjeros, encantaba a la gente aficionada a los placeres y proporcionaba un tema a los periodistas oficiosos para celebrar las prosperidades del reinado.

Aquella fuente de beneficios era demasiado seductora para que nadie escapase a la tentación de beber en ella. Los ricos especularon para enriquecerse más. Los pequeños rentistas, reducidos a la estrechez por la carestía de todas las cosas, se dejaron atraer poco a poco por aquellas fascinadoras perspectivas; al principio se aventuraron tímidamente; luego fueron arrastrados por

el torbellino. Hasta las mujeres sufrieron el impulso común: las hubo que de sus recursos domésticos distrajeran cantidades para la especulación; las hubo también que robaron dinero a sus maridos a fin de tomar parte en las operaciones de Bolsa (1). En el mundo oficial se podían presentir, más que en ninguna otra parte, las probabilidades de éxito de las compañías rivales, y se podía saber de antemano para quiénes serían los favores, las concesiones y las contrataciones. Organizóse en las antecámaras ministeriales un vasto sistema de espionaje. Con desprecio de la discreción profesional ó de la probidad, muchos hombres importantes traficaron con su influencia, vendieron los secretos y operaron de cuenta y mitad con aquellos cuyo juego aseguraban. Aquellas complicidades, entonces novísimas y hoy tan comunes, que han cansado a la indignación misma, fueron más de una vez adivinadas ó sorprendidas por el público: pero como no se hizo ninguna investigación para esclarecer los hechos, las responsabilidades no pudieron ser precisadas, de modo que el público se limitó, y se limita todavía, a una especie de sospecha general, llena de injusticia para los inocentes y llena de consideraciones para los culpables. Por encima de todos aquellos especuladores importantes ó modestos se agitaban los financieros de fama, verdaderos príncipes del agiotaje. Estos se movían con febril ardor en el círculo siempre renovado y agrandado de sus operaciones; aspiraban a concentrar en sus manos todos los negocios no sólo por la ganancia, sino que también por la influencia que esto les daría; buscaban, además de los goces, la ilustración de la riqueza; presentían que el dinero, acumulado en un montón inaudito, arrojaría todo lo demás en la sombra; soñaban, en una palabra, llevar su fortuna hasta el punto fabuloso en que se convertiría en gloria.

Todo contribuyó a estimular esta tendencia y a empujarla hasta la pasión. Durante la guerra de Oriente, las noticias, unas veces buenas y otras veces malas, provocaron bruscos movimientos de alza y de baja, fuente continua de excitación para los jugadores. Las fiestas de la Exposición universal valieron mucho dinero al comercio parisiense, y este dinero proporcionó un elemento más a la especulación. Gracias al telégrafo que permitió transmitir, reiterar ó modificar las órdenes durante la misma Bolsa, las costumbres recientes se propagaron de París a provincias. Y nació un poder desconocido hasta entonces, el de la prensa industrial, pagada al principio para encomiar ciertas empresas y que pronto suscitó las empresas mismas. Prospectos y circulares solicitaron el dinero de los rentistas y capitalistas de todas partes, y aquellos reclamos, que eran una novedad, produjeron en los lectores cándidos ó codiciosos verdaderos deslumbramientos de oro. La gente empezó a leer con avidez las gacetas financieras como antiguamente los periódicos políticos: los hombres de negocios hacían la corte a los accionistas como en otro tiempo se hacía la corte a los electores; y el peristilo de la Bolsa ofreció la animación que había reinado en otra época en el Palacio Borbón.

En las esferas oficiales toda aquella agitación no disgustó al principio, pues con atractivos tan poderosos no

(1) Véase *Le Droit*, 4 de diciembre de 1852.

era posible que el público se aburriese ó echase de menos las libertades perdidas. Aquella intensidad de vida algo ficticia, aquella inaudita actividad, aquella ostentación de gastos tan fáciles como las ganancias, todo formaba un conjunto brillante que no dejaba sospechar que hubiese pobres, ni hambrientos, ni enfermos, ni que pueblo alguno fuese más feliz que el nuestro. En fin, si entre los nuevos negocios había algunos que únicamente se apoyaban en afirmaciones temerarias ó faltas de probidad, había también otros, como las empresas de ferrocarriles, de transportes marítimos, de explotaciones hulleras y de alumbrado por gas, que ya representaban y habían de representar sobre todo en lo porvenir un inmenso aumento de la fortuna nacional; las especulaciones ó el agiotaje, ansiosos de descontar los beneficios futuros, se parecían a esos trastornos de crecimiento que acompañan al desarrollo de un joven vigoroso. Pero como el tráfico rayó en escándalo, el gobierno creyó oportuno intervenir. A principios de 1856, una nota del *Monitor* (1) señaló los desbordamientos propios para comprometer los negocios ya emprendidos, y anunció que «en el transcurso del año no se autorizaría ninguna nueva emisión de valores.» Dos meses después, una comunicación del ministro del Interior al prefecto de policía le invitó a buscar y perseguir a los agentes de negocios que, «simulando ocultas inteligencias en las regiones del poder, comerciaban con su pretendida influencia (2).» La literatura y el teatro unieron sus protestas a las del órgano oficial. En el teatro del Odeón, el Sr. Ponsart, en la comedia *La Bolsa*, censuró elocuentemente la influencia corruptora del juego; poco tiempo después un magistrado, el señor Oscar de la Vallée, describió las costumbres de los que él llamaba los *manipuladores de dinero*. El emperador felicitó a Ponsart y a Vallée. La intención era laudable, pero la lección, con venir de tan alto, carecía un poco de autoridad. La opinión pública estimó que antes de dirigirse a la nación entera el soberano hubiera podido refrenar oportunamente las concupiscencias de sus amigos más íntimos; y estimó sobre todo que él mismo hacía de la especulación una especie de necesidad con el lujo de que daba el ejemplo y que imponía en derredor suyo.

La corte de las Tullerías contribuyó, en efecto, a crear y mantener en todas las clases de la sociedad un verdadero estímulo de fastuosos gastos. En la sabia representación del segundo Imperio, las fiestas fueron la parte del programa más cuidada. Un arte consumado procuró que las fiestas tuviesen al público constantemente distraído. El invierno y la primavera de 1853 se habían pasado en una serie no interrumpida de esplendores oficiales: nada más natural, ¿y no convenía además que las Tullerías se adornasen para recibir a la joven emperatriz? La sorpresa se manifestó al ver que en otoño las recepciones se reanudaban, que seguían todo el invierno de 1854, que se prolongaban hasta después de la primavera y que volvían a empezar al caer las primeras hojas, como si se hubiese estado en perpetuo carnaval. Las personas más graves protestaron en voz baja: cuando la guerra hacía tantas víctimas, cuando la

(1) 8 de marzo de 1856.

(2) *Monitor* del 4 de mayo de 1856.

carestía de las subsistencias conducía a la escasez, cuando el cólera añadía sus duelos a los de las batallas, ¿no era excesivo todo aquel boato? El *Monitor* había contestado ya a aquellas protestas; en una de sus extensas notas habituales había establecido doctoralmente que la caridad más eficaz era la que aseguraba el trabajo de las clases laboriosas y favorecía el comercio, incluso el de lujo, y «que el gasto de un gran baile recaía como una lluvia de oro sobre todas las industrias (3).» Decididamente, el bailar era una obra buena, y se bailó sin interrupción en las Tullerías, en la Casa de la Ciudad, en el Palais-Royal, en los ministerios, doquiera el interés, la vanidad y la afición a los placeres impulsaban a imitar al príncipe.

En aquellas fiestas revelóse la sociedad imperial tal como se la vio desarrollar más tarde y formar a su imagen al país entero. Era una ostentación extraordinaria de lujo, pero con reflejos demasiado brillantes. Realzada por el triple prestigio de la hermosura, de la juventud y de la corona, la emperatriz presidía las fiestas, asistiendo a ellas con una bondad graciosa mezclada con una satisfacción que quería mantenerse grave, pero que a intervalos se mostraba casi pueril; y cuando aquel indulgente abandono había alojado en exceso los lazos de la etiqueta, la emperatriz volvía a apretarlos de pronto, con una dureza que a menudo ofendía. Así fué que, a causa de una imperfecta posesión de su personaje, dió dos ejemplos igualmente malos: el de una condescendencia que autorizaba el olvido de todas las reglas, y el de una severidad que los recordaba inoportunamente. Esta mezcla de afectada rigidez y de indolente abandono se encontraba en los cortesanos, ebrios casi todos, pero de una embriaguez diferente: ebrios los unos de sus dignidades, tiesos en sus flamantes uniformes, cubiertos de condecoraciones y pagados de sí mismos al extremo de hacerse odiosos; ebrios los más de placer, se abandonaban a las perspectivas de goces sin freno y sin límites, dispuestos a bailar por todo el mundo, por los pobres, por las víctimas del cólera, por los inundados, por los huérfanos de la guerra; especulaban para sí y para los demás, no viendo en el nuevo reinado más que un cotillón continuo, una gigantesca farándula que se prolongaría en entrelazamientos sin fin; y estaban resueltos a apartar de sí toda sombra trágica ó simplemente enojosa que cruzase el salón de sus diversiones ó de sus festines.

Esta indiferencia por todo lo que no era placer se aplicaba tanto más cuanto que las Tullerías se abrían ya y sobre todo se abrieron más tarde a toda clase de extranjeros, indiferentes a toda idea de patria, para quienes París era una caravana y las fiestas oficiales una excelente ocasión de comer de gorra. Todo contribuyó a acreditar a aquellos huéspedes exóticos. Unos hacían valer cerca del emperador alguna amistad contraída en el destierro; otros invocaban cerca de la emperatriz alguna de esas relaciones fugaces que las estaciones termales ven crearse y finalizar cada año; y como la nobleza nacional se obstinaba en retraerse, los soberanos, a falta de ilustraciones francesas, se complacieron en realzar con algunos caballeros extranjeros el lujo de su corte: éstos acudieron, ostentando soberbios nombres,

(3) *Monitor* del 31 de enero de 1854.

nombres que realmente les pertenecían, puesto que la mayor parte los habían fabricado ellos mismos. Este elemento llegó á dominar hasta el punto de invadirlo todo.

El *Monitor*, erigido en maestro de economía política, había proclamado que «toda gran fiesta se transformaba en lluvia de oro,» que fecundiza todas las industrias. Apelóse á todos los medios imaginables á fin de que aquella lluvia de oro cayese en abundancia bastante para velar todos los puntos negros del cielo. Las modistas no vieron jamás una época más floreciente para ellas; los proveedores privilegiados no ostentaron jamás muestras más hermosas; jamás fueron más lujosos los trenes, ni más esmeradas las libreas, con una mezcla de corrección inglesa y de elegancia nacional encantadora. Un día, en uno de los momentos más críticos del conflicto oriental, el *Monitor* no se desdénó de anunciar un concurso de modistas, precisando los volantes y adornos que habían de tener los vestidos (1). Este concurso se abrió bajo el patronato de la emperatriz, como las casas cunas, como las salas de asilo, como las sociedades de caridad maternas, pues mundanidad y caridad, cortejo y devoción, lujo y beneficencia, hospicios y teatros, trajes de baile y hatillos de niños pobres, todo se mezclaba en aquellas almas algo locas, pero compasivas, de modo que no había placer que no tuviese la pretensión de ser una obra buena, ni obra buena que no se dorase bajo un placer.

Sin embargo, como no podían bailar siempre, buscaron otras distracciones, y las encontraron de toda clase: comedia, charadas, cuadros vivos; los cortesanos extranjeros pusieron en boga las diversiones de sus países, y su aptitud para inventar recreos les valió una especie de gran naturalización mundana que dispensó de la otra, tanto que, en lo sucesivo, el mejor título para el favor fué la calidad de extranjero.

Hay momentos en que la frivolidad se cansa de sí misma, y si algún misticismo está entonces de moda, se precipita en él con un entusiasmo tímido y voluptuoso á la vez, como para reemplazar con una sensación más aguda todas aquellas que el abuso de la vida ha embotado. Sucedió á veces, en aquella época, que las reuniones mundanas, la orquesta ó los actores callaban; bajábanse discretamente las luces; hombres y mujeres se agrupaban en torno de una mesa, apretándose unos contra otros todo lo que permitían los anchos miriñaques que se empezaban á llevar; en la expectación silenciosa, no se oía más que la risa de los incrédulos, las protestas reprimidas de los devotos y los ansiosos murmullos de los creyentes: entonces, según decían, hablaba la mesa; eran evocados los espíritus y se revelaba el porvenir; al día siguiente se referían toda clase de cosas extrañas, las cuales, aumentadas de boca en boca, adquirían trazas de adivinación. Por aquel entonces apareció en las Tullerías un espiritista llamado *Home*, el cual hizo cosas extraordinarias, dió que hablar á todo París y hasta á las provincias, y desapareció de pronto como había venido. A imitación de la corte, todo el mundo empezó á hacer girar las mesas y se pronunció en pro ó en contra del espiritismo. Afortunadamente, los acordes de las orquestas cubrieron todos aquellos

(1) *Monitor* del 5 de mayo de 1854.

pretendidos rumores de ultratumba; sacudió la trastornadora impresión de aquellos ardores enfermizos, y se volvió á bailar con más furia que antes.

Hay que confesar que el Imperio encontraba cierta popularidad en el deslumbramiento que producía. Bajo la impresión de los espectáculos nuevos, se comparaban algo desdeñosamente los esplendores imperiales con el tren mezquino y económico de la monarquía representativa. El lujo de la corte imperial completaba su prestigio: viendo aquella prodigalidad ilimitada, la gente se tranquilizaba respecto á la carestía, respecto á la guerra, respecto á todas las calamidades, y creía en una fuente de riqueza que nada podía alterar ni agotar.

En medio de todas aquellas pompas se inauguró, en 1855, la Exposición universal, la más grande de las fiestas, puesto que á ella se invitaba al mundo entero.

En 1830, un empleado de aduanas, el Sr. Boucher de Perthes, concibió el proyecto de estas solemnidades internacionales (2). El proyecto al principio pareció quimérico, pero el establecimiento de los ferrocarriles no tardó en hacerlo practicable. En 1849 presentóse una proposición á la Asamblea legislativa con el objeto de asegurar á Francia la primera realización de tan grande empresa. Sin embargo, Inglaterra se nos adelantó y en 1851 abrió su Palacio de Cristal á los productos industriales y agrícolas de todos los pueblos. Privado de la iniciativa, nuestro país quiso seguir de cerca á su émulo y superarlo si era posible. En 8 de marzo de 1853, una decisión imperial anunció que se abriría una Exposición universal en París el día 1.º de mayo de 1855; luego, una serie de decretos, circulares y órdenes ministeriales suscitaron las buenas voluntades individuales, determinaron el concurso de las Cámaras de comercio, establecieron la Comisión central, crearon comités locales, facilitaron la introducción de los productos extranjeros, en una palabra, procuraron garantizar contra todos los riesgos posibles un ensayo que, á pesar del ejemplo de la Gran Bretaña, parecía un poco peligroso por su magnitud y por su novedad. La presidencia de la Comisión fué confiada al príncipe Napoleón, hombre de amplias miras, apto para concebirlo y asimilárselo todo, entusiasta por lo que se salía de lo vulgar y de lo trillado. Desgraciadamente, tan altas cualidades tenían por reverso un humor despótico en demasía y accesos de lasitud en que se perdía el fruto de los esfuerzos más intensos. Además, en medio de la preparación de su obra, el príncipe se ausentó durante cerca de seis meses con motivo de la guerra de Oriente, lo cual perjudicó á sus laureles pacíficos sin permitirle alcanzar los otros.

La empresa tropezó con toda clase de dificultades. La primera fué la insuficiencia del emplazamiento. El palacio de la Industria, que se edificaba entonces, había sido designado como sitio de la Exposición. No tardaron en convencerse de que sus dimensiones no respondían á las necesidades del proyecto. Los comisarios ingleses, que habían llegado á París, declararon que sus productos por sí solos llenarían el palacio (3). Una solución radical, calurosamente patrocinada por el príncipe Napoleón, consistía en abandonar el local

(2) Véase Miguel Chevalier, *L'Exposition universelle (Journal des Débats*, 16 de mayo de 1855).

(3) *Informe del príncipe Napoleón*, pág. 45.

primitivo y levantar en otra parte un edificio digno del número de expositores y de la hospitalidad francesa. En esto el príncipe marchó á Crimea: en su ausencia, se abandonó aquel proyecto grandioso y se resolvió utilizar modestamente el palacio de los Campos Elíseos, agrandándolo con importantes anejos.

No habían terminado las dificultades. Apenas vencidas las del emplazamiento, se temió que todos los esfuerzos resultasen vanos. En la primavera de 1855, la guerra, lejos de apaciguarse, amenazaba extenderse; la crisis de las subsistencias no se hallaba conjurada, y la epidemia colérica aún hacía estragos. ¿Convenía abrir, en circunstancias tan poco propicias, la gran fiesta de la paz? ¿No valía más aplazarla que celebrarla en medio de una mediocre afluencia? La enérgica voluntad de los poderes públicos, el prestigio entonces muy grande del gobierno imperial hicieron desear aquellas tímidas opiniones; y, á pesar de tantos pronósticos contrarios, decidióse que la Exposición se verificaría. Pero otro contratiempo estuvo entonces á punto de comprometerlo todo. Aquel período de incertidumbre había ocasionado retrasos de toda especie: en las construcciones, en los trabajos de las juntas, en los envíos de los expositores. El 15 de mayo, abrióse el Palacio de la Industria, mas para presentar galerías, ora desiertas, ora llenas de cajas é intolerables á causa del martilleo de los desembaladores. No se sospechaba entonces que todas las exposiciones futuras se abrirían también con retraso. Los primeros forasteros llegados á París sufrieron un tremendo desengaño: unos se contentaron con pasearse algunos días por entre bultos medio desembalados y se volvieron melancólicamente á su casa; otros viajaron por provincias ó por Bélgica, ó fueron á Londres, para volver cuando todo estuviese listo. Los parisienses comparaban el gobierno con un director de escena que levanta el telón antes de que estén vestidos los actores; tenían que sus beneficios fuesen incompletos, lo mismo que el éxito de la empresa, y señalaban, con voz bastante osada para la época, lo que llamaban la incuria de la Comisión.

A fines de junio, cuando, con sus galerías llenas, la Exposición apareció en su conjunto, todas las críticas se fundieron en una merecida aprobación. Un espíritu verdaderamente liberal había inspirado los reglamentos; ninguna nación había sido excluída, ni siquiera Rusia; ésta se había retirado espontáneamente de la liza. El deseo de atraer no había degenerado en torpe indulgencia, y particularmente para la sección francesa, un prudente rigor había desechado todo lo que no hubiera sido digno de la buena fama nacional. El número de expositores era de unos 20.000, mitad franceses y mitad extranjeros. Se había aprovechado el ejemplo de Londres, pero sin ninguna imitación servil. Entre otras innovaciones, se había acordado que cada objeto pudiese llevar la indicación de su precio, lo que proporcionaba á los visitantes el elemento indispensable para formar juicio.

Otra innovación mucho más considerable era la que había creado para la *Exposición de Bellas Artes* una organización y un anejo especiales. En este orden de ideas, el príncipe Napoleón hubiera querido reunir las obras más famosas de la escultura y de la pintura desde principios del siglo. Como tal proyecto exigía un local imposible de encontrar y un traslado parcial de nues-

tros Museos, se había renunciado á él, para tomar la resolución de admitir todas las obras de los artistas vivos, así nacionales como extranjeros. El público fué, pues, admtdo á estudiar y admirar un maravilloso conjunto, desde las grandes composiciones sintéticas de Alemania hasta las miniaturas y acuarelas de Inglaterra, desde los paisajes de los pintores suizos hasta los cuadros tan acabados de la escuela belga. Por encima de todos dominaban nuestros artistas, tan superiores á sus émulos por el talento y la inspiración, y dignos representantes de una escuela que es una de las glorias más duraderas del siglo XIX.

En una esfera muy distinta, los intereses democráticos habían inspirado otra novedad: ésta consistía en que las recompensas se extenderían no sólo á los jefes industriales, sino que también á los contramaestres y á los operarios, ejecutores inteligentes de los trabajos premiados; por desgracia, los patronos, invitados á formar la lista de sus cooperadores, comprendieron mal el pensamiento de la Comisión; los unos se guardaron bien de señalar sus mejores operarios, por temor de que se los quitara algún establecimiento rival; y los otros, inspirados por un sentimiento de vulgar benevolencia, recomendaron en masa todo su personal (1).

A fines de julio no subsistía ya ninguna duda sobre el éxito final, que había de ser brillante. Si no se consulta más que los datos relativos al movimiento de los ferrocarriles y la estadística de las entradas (2), las cifras parecerán muy modestas, de tal modo la facilidad de las comunicaciones y la costumbre de los viajes han multiplicado en nuestros días, para las exposiciones más pequeñas, el número de visitantes. Pero dichas cifras parecieron entonces enormes, y lo eran para la época. A pesar de la guerra, el palacio de la Industria se abrió para algunos altos personajes, tales como el rey de Portugal, el duque de Sajonia, el duque y la duquesa de Brabante, el rey de Cerdeña, la reina Victoria y el príncipe Alberto. Aquí también parecerá muy corta la enumeración, pero aún no se había establecido la moda que posteriormente ha convertido ciertos soberanos en perpetuos turistas.

Sin embargo, la verdadera importancia de la Exposición no residía ni en aquella afluencia ni en aquellas pompas. Su principal atractivo estribaba en su fecha. Realizóse, en efecto, en medio de una inmensa transformación industrial y económica, de modo que pudo sorprender en su origen, anotar á su aparición, seguir en sus primeros ensayos casi todas las aplicaciones nuevas que en los años siguientes habían de desarrollarse. Mientras los visitantes superficiales corrían á los objetos de lujo, á los artículos de moda, á los diamantes, los observadores más serios examinaban toda clase de inventos, tímidos aún, mal conocidos y en busca de los perfeccionamientos que habían de vulgarizarlos. Entonces se vieron los primeros empleos del hierro en los armazones, en las techumbres, en las construcciones de

(1) *Informe del príncipe Napoleón*, págs. 100-101.

(2) Exposición de 1855: entradas, 5.162.530 (*Memoria del príncipe Napoleón*, págs. 86-87).—Exposición de 1867: entradas, 15.000.000 (*Memoria de la Comisión imperial*, pág. 481).—Exposición de 1878: entradas, 16.102.089 (*Memoria administrativa de la Exposición de 1878*, tomo II, pág. 360).—Exposición de 1889: entradas, 32.121.875 (*Memoria sobre la Exposición del Campo de Marte*, pág. 13).